

IV SEMANA INTERNACIONAL DEL CINE DE AUTOR

BENAIMADENA

"NUIT ET BROUILLARD".

de Alain Resnais

(Texto de Jean Cayrol)

Hasta un paisaje tranquilo.

Hasta una pradera con cuervos que vuelan,
con cosechas y
con fuegos de hierba.

Hasta una carretera por donde pasan coches,
campesinos,
parejas.

Hasta un pueblo de veraneo con su feria
y su campanario, pueden conducir simplemente a un
CAMPO DE CONCENTRACION.

STRUHOF,

ORANIENBURG, AUSCHWITZ, NEUENGAMME,

BELSEN, RAVENSBRUCK, DACHAU, fueron nombres como los
demás en los mapas y las guías.

La sangre se ha coagulado, las bocas han callado, los
bloque sólo son visitados por una cámara. Una extraña hierba ha crecido y ha cubierto la tierra desgastada por el paso de los concentrados. Los edificios: la corriente ya no pasa por los cables eléctricos.

No hay más pasos que los nuestros.

1.933: La máquina se pone en marcha. Se necesita una nación sin notas discordantes, sin querellas. Todos manos a la obra.

Un campo de concentración se construye como un estadio o un gran hotel, con contratistas, con presupuestos, con competencia, sin duda, con botellas de vino.

Sin un estilo obligado.

Se deja a la libre imaginación.

Estilo alpino,

estilo garaje,

estilo japonés,

sin estilo.

Los arquitectos inventan tranquilamente estos porches destinados a ser atravesados una sola vez.

Durante ese tiempo,

Burger, comunista alemán;

Stern, estudiante judía de Amsterdam;

Schmulszki, comerciante de Cracovia;

Annette, colegiala de Burdeos, hacían su vida cotidiana sin saber que a mil kilómetros de distancia tenían ya un lugar asignado.

Y llega el día en que sus bloques estan terminados, solamente faltan ellos,-
Capturados de Varsovia.

Deportados de Lodz, de Praga, de Bruselas, de Atenas, de Zagreb, de Odesa o
de Roma.

Internados de Phitivers.

Capturados de Vel d'Hiv.

Resistentes reunidos en Compiègne, la multitud de los cogidos con las manos
en la masa, de los cogidos por error, de los cogidos por casualidad, camina hacia
los campos.

Trenes precintados.

Acumulacion de los deportados, cien por vagón.

No hay dia ni noche, el hambre, la sed, la asfixia, la locura.

Cae un mensaje y a veces es recogido.

La muerte hace su primera seleccion. Una segunda se hace a la llegada de noche
y con niebla.

Hoy, sobre el mismo camino, es de dia y brilla el sol. Lo recorreremos lentamen-
te, ¿ en busca de que ? ¿ De las huellas de los cadáveres que se desplomaban al -
abrir las puertas ?

O bien del rastro de los primeros descendidos, empujados a culatazos hasta la
entrada del campo, entre los ladridos de los perros, los resplandores de los pro-
yectores y, a lo lejos, la llama del crematorio en una de esas puestas en escena
nocturna que tanto gustaban a los nazis.

(Comienza la musica sobre el campo nocturno).

Primera mirada sobre el campo: es otro planeta.

Bajo pretexto higienico, la desnudez; de buenas a primeras, se entrega al cam-
po un hombre ya humillado.

Rapado, tatuado, numerado, atrapado en el juego de una jerarquía todavia in -
comprensible, cubierto del habito azul a rayas, clasificado a veces como "Nacht un
Nebel", "Noche y Niebla".

Marcado con el triangulo rojo de los "políticos", el deportado afronta al prin-
cipio los triangulos verdes de los de derecho común, señores entre los infrahombres.

Por encima: el kapo; casi siempre: un derecho común.

Por encima todavia: el S.S., el intocable. Se le habla a tres metros de dis-
tancia.

En lo alto: el comandante. Preside de lejos los ritos. Pretende ignorar el -
campo. Pero no lo ignora.

Inútilmente intentamos descubrir los restos, la realidad de los campos, des -
preciada por los que la fabrican, incomprensible para los que la sufrieron. Ningu -
na imagen puede devolver su verdadera dimensión a esos bloques de madera, a esos
camastros donde dormían tres, a esas madrigueras donde se escondian, donde comían
a hurtadillas, donde el mismo sueño era una amenaza, la de un miedo interrumpido.
Pero ninguna imagen puede devolverles su verdadera dimensión.

Haria falta el jergón que servia de despensa y de cada de caudales, la manta
por la cual se peleaban, las denuncias, las blasfemias, las ordenes retransmitidas
en todas las lenguas, las brujas entradas del S.S. con ganas de control o de bro-
ma.

De este dormitorio de ladrillo, de esos sueños amenazados, solamente podemos
mostrar la corteza, el color.

Este era el decorado: edificios que podrían ser cuadras, granjas, talleres. Un
terreno pobre convertido en solar, un cielo de otoño indiferente; esto es todo lo q
que nos queda para imaginar una noche llena de llamadas, de controles, de piojos,
una noche que hace castañear los dientes; hay que dormir rapidamente. Despertarse
a golpes, se empujan, se buscan las cosas robadas. Son las cinco. Interminable reu-
nión sobre la Appelplatz. Los muertos de la noche siempre alteran las cuentas ante-
riores.

Una orquesta toca una marcha de opereta a la salida para la cantera, para
la fabrica.

Trabajo en la nieve, que se seguida se convierte en barro helado.

Trabajo feroz bajo el sol de agosto, con la sed y la disenteria.

Tres mil españoles murieron para construir esta escalera que lleva a la can-
tera de Mauthausen.

Trabajo en las fabricas subterraneas. Mes a mes se soterran, se hunden, se esconden, se matan.

Llevar nombres de mujer: Dora, Laura.

Pero estos extraños obreros de treinta kilos son poco seguros. Y el S.S. los espía, los vigila, los reúne, los inspecciona y los registra antes de volver al campo.

Pancartas de estilo rustico mandan cada uno a su casa. Al kapo solo le queda el recuento de sus victimas de la jornada.

El deportado se vuelve a encontrar con la obsesión que dirige su vida y sus sueños: comer.

La sopa.

Una cucharada de sopa no tiene precio.

Una cucharada de menos es un día menos de vida. Se cambian dos, tres cigarillos por una sopa. Muchos, demasiado debiles, no pueden defender su racion contra los golpes y los ladrones. Esperan que el barro, la nieve, se los lleve. Estirarse en cualquier parte y tener una agonía propia.

Las letrinas, los abortos. Esqueletos con vientre de bebé iban allí siete, ocho veces por la noche. La sopa era diurética. Desgraciado aquel que encontraba un kapo borracho al claro de luna. Se miraban con miedo, se espian síntomas muy pronto familiares: sangrar era signo de muerte. Mercado clandestino: se vendía, se compraba, se mataba en silencio. Se visitaban. Se corrían las falsas y las verdaderas noticias. Se organizaban grupos de resistencia.

Una sociedad tomaba forma. Una forma esculpida en el terror, menos loca, sin embargo que el orden de los S.S. que se expresaba en estos términos:

"La limpieza es salud".

"El trabajo es libertad".

"A cada uno lo suyo".

"Un piojo es tu muerte"... y un S.S. ! qué !

Cada campo reserva sorpresas: una orquesta sinfónica. Un zoo. Invernaderos donde Himmler cultivaba plantas fragiles. El castaño de Goethe en Buchenwald. Construyeron el campo alrededor, pero respetaron el castaño.

Un orfanato efímero constantemente renovado. Un bloque de inválidos.

Entonces el mundo verdadero, el de los paisajes tranquilos, el del tiempo de antaño, puede parecer lejano - no tan lejos.

Para el deportado era una imagen.

El solamente pertenecía a este universo cerrado, acabado, limitado por las torretas desde donde los soldados vigilaban el buen aspecto del campo, vigilaban incesantemente a los deportados, a veces los mataban por aburrimiento.

Cualquier pretexto era bueno para molestias, para castigos.

Para humillaciones.

Las llamadas duran horas. Una cama mal hecha: veinte palos. No hay que significarse ante los dioses. Tienen su cadalso, su terreno de muerte.

Este patio del bloque 11, escondido a las miradas, dispuesto para el fusilamiento, con las paredes protegidas contra las señales de las balas; este castillo de Hartheim, donde autocares de cristales oscuros conducen viajeros a los que nunca se volverá a ver. Transportes negros que salen de noche y de los cuales nadie sabrá nunca nada.

Pero un hombre es increíblemente resistente: con el cuerpo quemado por el cansancio, el espíritu trabaja; las manos cubiertas de vendas trabajan: se fabrican cucharas, marionetas, que se esconden, monstruos, cajas. Se consigue escribir, tomar notas, ejercitar la memoria con sueños. Se puede pensar en Dios. Incluso se llega a organizarse politicamente, a disputar a los delinquentes comunes el control interior de la vida del campo, se cuida de los camaradas más debiles, se crean sistemas de ayuda. Como último recurso se lleva angustiosamente a los más amenazados al hospital, al "Revier".

Acercarse a esta puerta era la ilusión de una verdadera enfermedad, la esperanza de una cama. Era tambien el riesgo de una muerte por medio inyección.

Los medicamentos son ridículos, las vendas de papel. La misma ponada sirve para todas las llagas. A veces el enfermo, hambriento, se come las vendas. Al final, todos los deportados se parecen. Se encuentran en un modelo sin edad que muere con los ojos abiertos.

Había un bloque quirúrgico. Por poco se creería uno ante una verdadera clínica. El doctor S.S. y una enfermera inquietante.

Hay un decorado, pero detrás... Operaciones inútiles, amputaciones, mutilaciones, experimentales.

Los kapos, como los cirujanos S.S. podían entrenarse, adquirir oficio.

Las grandes fábricas químicas envían al campo muestras de sus productos tóxicos. O bien compran directamente un lote de deportados para sus pruebas. De esos cobayos algunos sobrevivirán, castrados, quemados con fósforo. Hay algunos cuya carne, quedara marcada para toda la vida, a pesar del regreso.

De esos hombres, de esas mujeres, las oficinas administrativas conservan sus rostros, registrados a la llegada. También se han registrado los nombres. Nombres de veintidós naciones. Llenan centenares de registros, millares de ficheros.

Un trazo rojo señala los muertos. Los deportados llevan esa contabilidad delirante, siempre falsa, bajo la mirada de los S.S. y de los kapos privilegiados. Esos son los "prominentes", la elite del campo.

El kapo tiene su propia habitación para guardar sus cosas y recibir de noche a sus jóvenes favoritas.

Muy cerca del campo el comandante tiene una villa, donde su esposa contribuye a mantener una vida familiar y a veces mundana como en cualquier otra guarnición. Solamente que quizá ella se aburre un poco: la guerra parece que no quiere acabar. Mas afortunados, los kapos tenían un burdel. Eran prisioneras mejor alimentadas, pero destinadas, como las otras, a la muerte.

A veces, de estas ventanas, ha caído un pedazo de pan para un camarada del exterior.

De esta forma, los S.S. habían llegado a construir en el campo una verdadera ciudad, con hospital, barrio residencial, barrio reservado a incluso - sí - una cárcel.

Inútil describir lo que ocurría en sus calabozos.

Celdas calculadas para no poder estar de pie ni acostado; hombres y mujeres que fueron atormentados conscientemente durante días. Los agujeros de ventilación no retienen el grito.

1.942. Himmler visita los campos.

Es preciso aniquilar, pero productivamente.

Dejando la productividad a sus técnicos, Himmler se ocupa del problema del aniquilamiento.

Se estudian planos, maquetas.

Se ejecutan, y los mismos deportados participan en los trabajos. Un crematorio podía tener, si era preciso, un agradable aire de tarjeta postal. Más tarde - hoy -, los turistas se hacen allí fotografías.

La deportación se extiende a toda Europa.

Los convoyes se extravían, se detienen, vuelven a salir, son bombardeados, llegan finalmente.

Para unos ya está hecha la selección.

Para otros se elige enseguida. Los de la izquierda irán a trabajar. Los de la derecha...

Estas imágenes están tomadas unos instantes antes de una exterminación.

Matar a mano lleva demasiado tiempo. Se encargan cajas de gas zyklon.

Nada distinguía la cámara de gas de un bloque ordinario.

En el interior, una falsa sala de duchas acogía a los recién llegados.

Se cerraban las puertas.

Se observaba.

El único signo, pero que hay que conocerlo, es el techo marcado por las uñas. Incluso el cemento se desgarraba.

Cuando los hornos no bastaban, se hacen hogueras.

Sin embargo, los nuevos hornos conseguían acabar con millares de cuerpos por día.

Todo se recupera ...

Estas eran las reservas de los nazis en guerra, sus graneros; de los cabellos de mujer... a quince pfennings el kilo... se hacían tejidos.

Con los cuerpos... cuesta hasta decirlo... con los cuerpos, se quería fabricar jabón.

En cuanto a la piel...

NUIT ET BROUILLARD

Film documentaire sur le système
concentrationnaire allemand.

Le sujet, la nature des matériaux rassemblés, gardent à un film de cette nature une grande intensité dramatique et une extrême puissance émotive. Les réalisateurs sont conscients que l'écueil à éviter est, par un excès d'horreur, de trop éprouver le spectateur.

Il importe donc moins d'insister sur le côté sadique, "crime de guerre", "monstruosité inhumaine" de la concentration que de tenter d'en retracer par l'image et par le commentaire une explication sociologique. Il faut, qu'après avoir vu le film, les déportés reconnaissent leurs épreuves, mais aussi que les spectateurs ordinaires aient compris ce qu'avait de systématique dans un mélange de barbarie cruelle et d'expérimentation scientifique, le phénomène concentrationnaire.

Le meilleur procédé apparut donc de suivre, dans ses stations et ses épreuves, les chemins de croix qu'ont gravi l'ensemble des déportés : internement, convoi, arrivée, agrégation à la société concentrationnaire, vie quotidienne, travaux, maladies et mort.

"Nuit et Brouillard"

de Alain Remais.

- 16) Entonces todo este aparato de protección, que daba su sentido y su forma al arte negro, se disgrega y desaparece. Es el blanco que pretendía, al principio de este siglo, sustituirse a sus antepasados. La verdadera estatua de protección, de exorcismo y de fecundidad, es ahora su silueta. Todo se alía contra el arte negro. Cogida en unas tenazas entre el Islam, enemigo de las imágenes, y la Cristiandad, quemadora de ídolos, la cultura africana se hunde. Para sustituirla, la Iglesia intenta un mestizaje, el arte negro-cristiano. Pero cada una de estas dos influencias destruye a la otra. Y esta alianza fracasada hace perder al catolicismo en África su exuberancia, su brillo, todo ese lado negro por el que se le conoce en Europa. Los poderes temporales practican la misma austeridad. Todo lo que era pretexto para la obra de arte es reemplazado, bien se trate del vestido, del gesto simbólico, del gri-gri o de los discursos. Se dice sí, sí, sí... A veces se dice ¡NO! Eso es el artista negro quien lo dice. Entonces aparece una nueva forma de arte: el arte de combate. Un arte de transición para un período de transición. Arte del presente, entre una grandeza perdida y otra que hay que conquistar. Arte provisional, cuya ambición no es durar, sino dar testimonio. Aquí el problema del tema no se plantea. El tema es esta tierra naturalmente ingrata, este clima naturalmente de prueba y allá dentro el trabajo en una empresa desmesurada: aquí el ritmo de la fábrica afronta el de la naturaleza, Ford se traga a Tarzán.
- 17) El tema es este hombre privado de su cultura y sin contacto con la nuestra. Su trabajo ya no es una prolongación espiritual. No abre a nada, ni lleva a parte alguna sino a un salario irrisorio. En estos países del regalo y del intercambio, ha entrado el dinero. Se le paga al negro su trabajo, pero ese trabajo pierde su virtud mágica. Se compra su arte, y se degrada ese arte. A veces la danza religiosa se convierte en espectáculo: el negro pagado nos da la comedia de su alegría y de su fervor. Como sustituto del negro-esclavo puede aparecer una segunda figura: el negro-guñol. Nos sirve su fuerza y su destreza nos divierte. De manera accesoria también nos sirve. Naciones racistas por tradición encuentran muy natural el que hombres de color se encarguen de velar por su gloria olímpica. Pero un negro en movimiento sigue siendo el Arte Negro. Y en el deporte el negro puede encontrar, en espera de algo mejor, un buen terreno para burlarse del orgullo del blanco.
- 18) El blanco no siempre comprende el chiste. Le sucede que grita «adrede» cuando las cosas le van mal. Cuando un boxeador negro se permite noquear a un blanco en un país marcado por el racismo hitleriano, se le demuestra con insultos, con amenazas y con proyectiles que lo que debe hacer es quedarse en su sitio. Robinson en los países de segregación. Y cuando ya no se trata de deporte, sino que el negro, por ejemplo, se mezcla en luchas obreras, a golpes de fusil y de berbijos se le hace la demostración. Este clima de intransigencia y de amenazas conduce al artista negro a una nueva metamorfosis, y en el ring o en la orquesta su papel consiste en devolver los golpes que su hermano recibe en la calle.
- 19) Henos aquí lejos de las apariencias del arte negro. Arte de comunión, arte de invención, ¿qué tiene en común con ese mundo de la soledad y de la máquina? El hombre que imprimía su sello en las cosas realiza ahora gestos vacíos. Pero es desde el fondo de esta soledad como va a crear una comunidad nueva. El arte negro era el instrumento de una voluntad de aferrar el mundo. Es la misma voluntad que sobrevive aquí bajo otras formas. Mírese bien esta técnica que usaba el hombre de la magia: a veces presenta un extraño parentesco de gestos. Siempre se baten contra la muerte; la ciencia, como la magia, admite la necesidad del sacrificio del animal, la virtud de la sangre, la fijación de las fuerzas malignas; el hechicero captura las imágenes y la muerte es siempre un país donde se va al perder la memoria. No, no somos ecuanímenes al encerrar a un negro en su celebridad. Y nada nos impediría ser juntos los herederos de dos pasados, si esta igualdad se reencuentra en el presente. Porque no hay ruptura entre la civilización africana y la nuestra. Los rostros del arte negro han caído del mismo rostro humano, como la piel de serpiente. Más allá de sus formas muertas, reconocemos esta promesa común a todas las grandes culturas, la de un hombre victorioso sobre el mundo. Y, para Blancos o Negros, nuestro porvenir está hecho de esta promesa.



" NUIT ET BROUILLARD "

de Alain Resnais

Texto de
Jean Cayrol

26

Hasta un paisaje tranquilo.

Hasta una pradera con cuervos que vuelan,
con cosechas y con fuegos de hierba.

Hasta una carretera por donde pasan coches,
campesinos, parejas.

Hasta un pueblo de veraneo con su feria y
su campanario, pueden conducir simplemente
a un campo de concentración.

Struhof, Oranienburg, Auschwitz, Neuengamme,
Belsen, Ravensbrück, Dachau, fueron nombres
como los demás en los mapas y las guías.

La sangre se ha coagulado, las bocas han callado,
los bloques sólo son visitados por una cámara.
Una extraña hierba ha crecido y ha cubierto
la tierra desgastada por el paso de los concentrados.
Los edificios: la corriente ya no pasa por los cables eléctricos.

No hay más pasos que los nuestros.

1933. La máquina se pone en marcha. Se necesita
una nación sin notas discordantes, sin querellas.
Todos manos a la obra.

Un campo de concentración se construye como
un estadio o un gran hotel, con contratistas, con
presupuestos, con competencia, sin duda, con
botellas de vino.

Sin un estilo obligado.

Se deja a la libre imaginación.

Estilo alpino, estilo garaje, estilo japonés, sin
estilo.

Los arquitectos inventan tranquilamente estos
porches destinados a ser atravesados una sola
vez.

Durante ese tiempo, Burger, comunista alemán;
Stern, estudiante judío de Amsterdam; Schmulski,
comerciante de Cracovia; Annette, colegiala de
Burdeos, hacían su vida cotidiana sin saber que a
mil kilómetros de distancia tenían ya un lugar
asignado.

Y llega el día en que sus bloques están terminados,
solamente faltan ellos.

Capturados de Varsovia.

Deportados de Lodz, de Praga, de Bruselas,
de Atenas, de Zagreb, de Odesa o de Roma.

Internados de Pithiviers.

Capturados de Vel d'Hiv.

Resistentes reunidos en Compiègne, la multitud
de los cogidos con las manos en la masa, de los
cogidos por error, de los cogidos por casualidad,
camina hacia los campos.

Trenes precintados.

Acumulación de los deportados, cien por vagón.

No hay día ni noche, el hambre, la sed, la asfixia,
la locura.

Cae un mensaje y a veces es recogido.

La muerte hace su primera selección. Una segunda
se hace a la llegada de noche y con niebla.

Hoy, sobre el mismo camino, es de día y brilla
el sol. Lo recorreremos lentamente, ¿en busca de

qué? ¿De las huellas de los cadáveres que se desplomaban al abrir las puertas?

O bien del rastro de los primeros descendidos, empujados a culatazos hasta la entrada del campo, entre los ladridos de los perros, los resplandores de los proyectores y, a lo lejos, la llama del crematorio en una de esas puestas en escena nocturnas que tanto gustaban a los nazis.

(Comienza la música sobre el campo nocturno). Primera mirada sobre el campo: es otro planeta.

Bajo pretexto higiénico, la desnudez; de buenas a primeras, se entrega al campo un hombre ya humillado.

Rapado, tatuado, numerado, atrapado en el juego de una jerarquía todavía incomprensible, cubierto del hábito azul a rayas, clasificado a veces como «Nacht un Nebel», «Noche y niebla».

Marcado con el triángulo rojo de los «políticos», el deportado afronta al principio los triángulos verdes de los de derecho común, señores entre los infrahombres.

Por encima: el kapo; casi siempre: un derecho común.

Por encima todavía: el S. S., el intocable. Se le habla a tres metros de distancia.

En lo alto: el comandante. Preside de lejos los ritos. Pretende ignorar el campo. Pero no lo ignora.

Inútilmente intentamos descubrir los restos, la realidad de los campos, despreciada por los que la fabrican, incomprensible para los que la sufrieron. Ninguna imagen puede devolver su verdadera dimensión a esos bloques de madera, a esos camastros donde dormían tres, a esas madrigueras donde se escondían, donde comían a hurtadillas, donde el mismo sueño era una amenaza, la de un miedo ininterrumpido. Pero ninguna imagen puede devolverles su verdadera dimensión.

Haría falta el jergón que servía de despensa y de caja de caudales, la manta por la cual se peleaban, las denuncias, las blasfemias, las órdenes retransmitidas en todas las lenguas, las bruscas entradas del S. S. con ganas de control o de broma.

De este dormitorio de ladrillo, de esos sueños amenazados, solamente podemos mostrar la correa, el color.

Este era el decorado: edificios que podrían ser cuadras, granjas, talleres. Un terreno pobre convertido en solar, un cielo de otoño indiferente; esto es todo lo que nos queda para imaginar una noche llena de llamadas, de controles, de piojos; una noche que hace castañear los dientes: hay que dormir rápidamente. Despertarse a golpes, se empujan, se buscan las cosas robadas. Son las cinco. Interminable reunión sobre la Appelpfatz. Los muertos de la noche siempre alteran las cuentas anteriores.

Una orquesta toca una marcha de opereta a la salida para la cantera, para la fábrica.

Trabajo en la nieve, que en seguida se convierte en barro helado.

Trabajo feroz bajo el sol de agosto, con la sed y la disentería.

Tres mil españoles murieron para construir esta escalera que lleva a la cantera de Mauthausen.

Trabajo en las fábricas subterráneas. Mes a mes se soterran, se hunden, se esconden, matan. Llevan nombres de mujer: Dora, Laura.

Pero estos extraños obreros de treinta kilos son poco seguros. Y el S. S. los espía, los vigila. los reúne, los inspecciona y los registra antes de volver al campo.

Pancartas de estilo rústico mandan cada uno a su casa. Al kapo sólo le queda hacer el recuento de sus víctimas de la jornada.

El deportado se vuelve a encontrar con la obsesión que dirige su vida y sus sueños: comer.

La sopa.

Una cucharada de sopa no tiene precio.

Una cucharada de menos es un día menos de vida. Se cambian dos, tres cigarrillos por una sopa. Muchos, demasiado débiles, no pueden defender su ración contra los golpes y los ladrones. Esperan que el barro, la nieve, se los lleve. Estirarse en cualquier parte y tener una agonía propia.

Las letrinas, los abortos. Esqueletos con vientre de bebé iban allí siete, ocho veces por noche. La sopa era diurética. Desgraciado aquel que encontraba un kapo borracho al claro de luna. Se miraban con miedo, se espían síntomas muy pronto familiares: sangrar era signo de muerte. Mercado clandestino: se vendía, se compraba, se mataba en silencio. Se visitaban. Se corrían las

falsas y las verdaderas noticias. Se organizaban grupos de resistencia.

Una sociedad tomaba forma. Una forma esculpida en el terror, menos loca, sin embargo, que el orden de los S. S., que se expresaba en estos preceptos:

«La limpieza es salud.»

«El trabajo es libertad.»

«A cada uno lo suyo.»

«Un piojo es tu muerte»... Y un S. S., ¡qué! Cada campo reserva sorpresas: una orquesta sinfónica. Un zoo. Invernaderos donde Himmler cultivaba plantas frágiles. El castaño de Goethe en Buchenwald. Construyeron el campo alrededor, pero respetaron el castaño.

Un orfanato efímero constantemente renovado.

28 Un bloque de inválidos.

Entonces el mundo verdadero, el de los paisajes tranquilos, el del tiempo de antaño, puede parecer lejano —no tan lejos.

Para el deportado era una imagen.

El solamente pertenecía a este universo cerrado, acabado, limitado por las torretas desde donde los soldados vigilaban el buen aspecto del campo, vigilaban incesantemente a los deportados, a veces los mataban por aburrimiento.

Cualquier pretexto era bueno para molestias, para castigos.

Para humillaciones.

Las llamadas duran horas. Una cama mal hecha: veinte palos. No hay que significarse ante los dioses. Tienen su cadalso, su terreno de muerte.

Este patio del bloque 11, escondido a las miradas, dispuesto para el fusilamiento, con las paredes protegidas contra las señales de las balas; este castillo de Hartheim, donde autocares de cristales oscuros conducen viajeros a los que nunca se volverá a ver. Transportes negros que salen de noche y de los cuales nadie sabrá nunca nada.

Pero un hombre es increíblemente resistente: con el cuerpo quemado por el cansancio, el espíritu trabaja; las manos cubiertas de vendas trabajan: se fabrican cucharas, marionetas, que se esconden, monstruos, cajas. Se consigue escribir, tomar notas, ejercitar la memoria con sueños. Se puede pensar en Dios. Incluso se llega a organizarse políticamente, a disputar a los de-

lincuentes comunes el control interior de la vida del campo, se cuida de los camaradas más débiles, se crean sistemas de ayuda. Como último recurso se lleva angustiosamente a los más amenazados al hospital, al «Revier».

Acercarse a esta puerta era la ilusión de una verdadera enfermedad, la esperanza de una cama. Era también el riesgo de una muerte por medio inyección.

Los medicamentos son ridículos, las vendas de papel. La misma pomada sirve para todos los enfermos, para todas las llagas. A veces el enfermo, hambriento, se come las vendas. Al final todos los deportados se parecen. Se encuentran en un modelo sin edad que muere con los ojos abiertos.

Había un bloque quirúrgico. Por poco se creería uno ante una verdadera clínica. El doctor S. S. y una enfermera inquietante.

Hay un decorado, pero detrás... Operaciones inútiles, amputaciones, mutilaciones experimentales.

Los kapos, como los cirujanos S. S., podían entrenarse, adquirir oficio.

Las grandes fábricas químicas envían al campo muestras de sus productos tóxicos. O bien compran directamente un lote de deportados para sus pruebas. De esos cobayos algunos sobrevivirán, castrados, quemados con fósforo. Hay algunos cuya carne quedará marcada para toda la vida, a pesar del regreso.

De esos hombres, de esas mujeres, las oficinas administrativas conservan sus rostros, registrados a la llegada. También se han registrado los nombres. Nombres de veintidós naciones. Llenan centenares de registros, millares de ficheros.

Un trazo rojo señala los muertos. Los deportados llevan esa contabilidad delirante, siempre falsa, bajo la mirada de los S. S. y de los kapos privilegiados. Esos son los «prominentes», la élite del campo.

El kapo tiene su propia habitación para guardar sus cosas y recibir de noche a sus jóvenes favoritas.

Muy cerca del campo el comandante tiene una villa, donde su esposa contribuye a mantener una vida familiar y a veces mundana como en cualquier otra guarnición. Solamente que quizá ella se aburre un poco: la guerra parece que no quie-

re acabar. Más afortunados, los kapos tenían un burdel. Eran prisioneras mejor alimentadas, pero destinadas, como las otras, a la muerte.

A veces, de estas ventanas ha caído un pedazo de pan para un camarada del exterior.

De esta forma, los S. S. habían llegado a construir en el campo una verdadera ciudad, con hospital, barrio residencial, barrio reservado e incluso —sí— una cárcel.

Inútil describir lo que ocurría en sus calabozos.

Celdas calculadas para no poder estar de pie ni acostado; hombres y mujeres que fueron atormentados conscientemente durante días. Los agujeros de ventilación no retienen el grito.

1942. Himmler visita los campos.

Es preciso aniquilar, pero productivamente.

Dejando la productividad a sus técnicos, Himmler se ocupa del problema del aniquilamiento.

Se estudian planos, maquetas.

Se ejecutan, y los mismos deportados participan en los trabajos. Un crematorio podía tener, si era preciso, un agradable aire de tarjeta postal. Más tarde —hoy—, los turistas se hacen allí fotografías.

La deportación se extiende a toda Europa.

Los convoyes se extravían, se detienen, vuelven a salir, son bombardeados, llegan finalmente.

Para unos ya está hecha la selección.

Para los otros se elige en seguida. Los de la izquierda irán a trabajar. Los de la derecha...

Estas imágenes están tomadas unos instantes antes de una exterminación.

Matar a mano lleva demasiado tiempo. Se encargan cajas de gas zyklon.

Nada distinguía la cámara de gas de un bloque ordinario.

En el interior, una falsa sala de duchas acogía a los recién llegados.

Se cerraban las puertas.

Se observaba.

El único signo, pero hay que conocerlo, es el techo marcado por las uñas. Incluso el cemento se desgarraba.

Cuando los hornos no bastaban, se hacen hogueras.

Sin embargo, los nuevos hornos conseguían acabar con millares de cuerpos por día.

Todo se recupera...

Estas eran las reservas de los nazis en guerra, sus graneros; de los cabellos de mujer... a quince pennings el kilo... se hacían tejidos.

Con los cuerpos... cuesta hasta decirlo... con los cuerpos, se quería fabricar jabón.

En cuanto a la piel...

1945. Los campos se extienden, están llenos. Son ciudades de cien mil habitantes. Completos en todas partes.

La gran industria se interesa por esta mano de obra indefinidamente renovable.

Las fábricas tienen su campo personal prohibido a los S. S.

Steyer, Krupp, Heinckel, I. G. Farben, Siemens, Hermann Goering se aprovisionan en estos mercados.

Los nazis pueden ganar la guerra. Esas nuevas ciudades forman parte de su economía.

Pero la pierden.

Falta el carbón para los crematorios, falta el pan para los hombres. Los cadáveres atestan las calles de los campos...

El tifus...

Cuando los aliados abren las puertas...

Todas las puertas...

Los deportados miran sin comprender. ¿Están libres?

¿Les reconocerá la vida cotidiana?

«Yo no soy responsable» (dice el kapo).

«Yo no soy responsable» (dice el oficial).

«Yo no soy responsable...».

Entonces, ¿quién es responsable?

En el momento en que os hablo, el agua fría de los pantanos y de las ruinas llena el hueco de los mataderos.

Es un agua fría y opaca como nuestra mala memoria.

La guerra se ha amodorrado, pero tiene un ojo siempre abierto.

La hierba fiel ha crecido nuevamente sobre las Appelplatz, en torno a los bloques; un pueblo abandonado, pero lleno todavía de amenazas.

El crematorio ya no se usa. Las astucias nazis han pasado de moda.

Nueve millones de muertos acechan este paisaje.

¿Quién de nosotros vigila desde este extraño observatorio para advertirnos la llegada de nuevos verdugos? ¿Tienen realmente una cara distinta a la nuestra?

En alguna parte, entre nosotros, hay kapos afortunados, jefes recuperados, delatores desconocidos.

Hay todos aquellos que no lo creían, o solamente de vez en cuando.

Y estamos nosotros, que miramos sinceramente estas ruinas como si el viejo monstruo concentracionario estuviera muerto bajo los escombros; nosotros, que fingimos recuperar la esperanza ante esta imagen que se aleja, como si se curara uno de la peste concentracionaria; nosotros, que fingimos creer que todo eso pertenece a un solo tiempo y a una sola nación, y que no pensamos en mirar a nuestro alrededor y que no oímos que se grita sin fin.

comentario:

"Le chant du (x) Styrène"

L'homme se fait servir par l'aveugle matière.
Il pense, il cherche, il crée! A son souffle vivant
Les germes dispersés dans la nature entière
Tremblant comme frissonne une forêt au vent!

VÍCTOR HUGO: *Ce siècle est grand et fort...*

O temps, suspends ton bol, ô matière plastique
D'où viens-tu? Qui es-tu? et qu'est-ce qui explique
Tes rares qualités? De quoi donc es-tu fait?
D'où donc es-tu parti? Remontons de l'objet
A ses aïeux lointains! Qu'à l'envers se déroule
Son histoire exemplaire. Voici d'abord le moule.
Incluant la matrice, être mystérieux,
Il engendre le bol ou bien tout ce qu'on veut.
Mais le moule est lui-même inclus dans une presse
Qui injecte la pâte et conforme la pièce
Ce qui présente donc le très grand avantage
D'avoir l'objet fini sans autre façonnage.
Le moule coûte cher; c'est un inconvénient.
On le loue il est vrai, même à ses concurrents.
Le formage sous vide est une autre façon
D'obtenir des objets: par simple aspiration.
A l'étape antérieure, soigneusement rangé,
Le matériau tiède est en plaque extrudé.

(*) Este comentario no fué aprobado por la industria productora y, contra la opinión de Resnais, fué cambiado por un clásico comentario industrial en prosa.